





ZOE

Hijos de la oscuridad 2



Diego Gualda

# Zoe

Hijos de la oscuridad 2



**P U C K**

Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Gualda, Diego  
Zoe, hijos de la oscuridad II. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones Urano, 2015.  
240 p. ; 21x14 cm.  
ISBN 978-950-788-205-0  
1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título  
CDD A863.928 3

Dirección editorial: Anabel Jurado  
Coordinación editorial: Fernanda Argüello  
Corrección: Marisa Corgatelli  
Diseño: Marcelo Torres

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2014 by Diego Gualda  
© 2014 by EDICIONES URANO S.A. - Argentina  
EDICIONES URANO S.A. - Argentina  
Paseo Colón 221, 6° -C1063ACC- Ciudad de Buenos Aires  
info@edicionesurano.com.ar  
www.edicionesurano.com.ar

1.ª edición

ISBN 978-950-788-205-0  
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,  
Lafayette 1695 (C1286EAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires.  
Mayo 2015

*A Pato y Pili*





# Capítulo 1

## Una tumba abierta

Zoe no recuerda del todo cómo llegó hasta allí. Bueno, en realidad sí lo recuerda. Con toda claridad. Con demasiada claridad. O quizá, por el contrario, con demasiada oscuridad. Más de la que quiere asumir. Por lo pronto, desde hace unas treinta horas su mente se dedica constantemente a cubrir algunos hechos con una neblina espesa que vuelve todo un poco más pálido, un poco más inconsistente, un poco menos real. Ya la realidad —la que sus ojos le dejan ver— duele demasiado como para, además, invertir algo de energía en entender cómo llegó a estar vestida de negro, llorando ante una tumba abierta bajo una llovizna de verano, mientras ve cómo lentamente bajan el féretro con el cuerpo de su padre.

El pequeño cementerio está invadido por una docena de hombres de traje negro. Ninguno llora la muerte de Walter, uno de los mejores cazadores que la Agencia tuviera en las últimas dos décadas. Sus expresiones son más bien de furia contenida, de sed de venganza. «Son hombres buenos teniendo pensamientos malos», se le ocurre a Zoe. De todos los misteriosos compañeros de trabajo de su padre, el que parece de más edad se acerca a la chica con gesto solemne y le entrega una bandera doblada. A pocos metros, cuatro hombres de uniforme con armas que parecen sacadas de un

museo disparan al aire varias salvas. Las explosiones le recorren la espalda con un frío sordo. «Honores militares —le dice Christian, acercándose desde atrás y poniéndole una mano en el hombro—, Walter fue un guerrero».

La chica está a punto de ladrarle una respuesta ácida y terrible sobre lo poco que le importan las guerras del inframundo; está a nanosegundos de disparar una diatriba sobre que lo único que le faltaba, después de que su madre desapareciera misteriosamente cuando ella tenía quince años, era que le mataran a su padre a los dieciocho. Solo la detienen dos cosas. Una, que al fin y al cabo, aunque llevarán meses sin verse, Christian es su mejor amigo de toda la vida, el chico tímido y algo estrambótico que, en el último año de escuela —junto con su padre— la salvó de la muerte a manos de Milo, ese ser al que ama y teme a la vez. La otra razón que evita que Zoe le haga una escena a Christian es la sorpresa. Porque, al darse vuelta, nota que él también lleva un traje negro, exactamente igual a los de los demás hombres en el funeral.

Christian ha sido reclutado por la Agencia.

Aunque Zoe ya lo supiera, verlo de «uniforme» la sorprende, la hace caer en la cuenta de una realidad terrible. La sorpresa, en un instante que parece durar para siempre, se convierte en miedo. Miedo de perderlo a él también. Miedo de quedarse completamente sola frente a las sombras. Las propias y las ajenas.

«No estás sola, Zoe», Christian recurre al lugar común. No se lo puede culpar, hace lo mejor que puede. Su amiga le sonrío a medias, con una de esas muecas torcidas que se esfuerzan en imponer la cortesía por sobre el dolor. Con poco éxito, por supuesto.

Él la abraza. Ella llora. Cae la noche. Deja de llover. Una luna obesa y pálida asoma entre los nubarrones.

—Ya vámonos a casa, Zoe —le susurra Christian al oído.

—Necesito un rato más antes de dejarlo ir.

—Te espero.

—No.

—Y vas a volver a pie...

—Sí —por primera vez en demasiadas horas, la chica deja escapar algo parecido a una sonrisa verdadera. El gesto sobreprotector de su mejor amigo le resulta tierno.

—Sola.

—Sí, sola, Christian.

Un silencio incómodo los separa como una pared de hielo. Si a algo le teme más que a nada es a la soledad. Y, sin embargo, algo que no termina de entender la impulsa a buscar ese momento de intimidad con las tinieblas.

—No estás sola, Zoe. —En alguna parte de su mente, Christian supone que la repetición logrará que su declaración se vuelva verdad.

—Eso no es cierto. Y lo sabemos.

Él no quiere que ella lo vea llorar, aunque ganas no le falten. Al fin y al cabo, ese hombre que acaban de sepultar también fue como un padre para él. Walter, el padre de Zoe, fue quien —casi por accidente— lo hizo partícipe de su primera cacería; quien le mostró que en el mundo existen fuerzas que, aun contra toda esperanza, deben ser combatidas; quien le enseñó, en una sangrienta noche en un parque de diversiones abandonado, de qué está hecho un hombre. Y, por supuesto, quien le dio su primer empleo en cuanto terminó la escuela. Lo reclutó y lo entrenó. Lo convirtió en lo que era, un cazador. O al menos uno en etapa de gestación.

Su muerte, además, agranda la brecha de una fantasía adolescente: que alguna vez fuera su suegro. Algo que jamás sucederá en tanto y en cuanto Zoe insista en enamorarse como una idiota del villano de la trama.

«Y, si llorara, no sería solo pena, también sería furia», piensa Christian con la mirada perdida en esa luna enorme

que cuelga sobre la cabeza de Zoe. El aleteo de un murciélago en la distancia lo distrae y la voz de Zoe lo trae de regreso a la realidad.

—Es en serio, Chris. Necesito estar sola.

—En un cementerio, cuando ya cayó la noche.

—Nada malo podría pasarme —ella intenta una respuesta infantil.

—Nada malo —corea él.

—Nada como lo del verano pasado. Discutir con Zoe es imposible. Walter decía que era terca como su madre. Christian cree que le hubiera encantado conocerla más. Pero su lado racional, esa parte de él que se ha convertido prematuramente en un adulto, le ordena que es hora de darle el gusto a la chica. Hace sonar las llaves del coche en una mano anunciando la retirada. Al oír ese sonido, Zoe no puede evitar imaginarse campanitas.

Ahora sí está sola. Más sola que nunca. Ante la tumba de su padre. Un murciélago enorme se ha parado sobre la lápida y la mira desde sus ojos ciegos. Si su biología de cuarto grado no la traiciona, sabe que el animal no puede verla, pero igual la impresiona. Sin embargo, algo en esa criatura nocturna le resulta extrañamente familiar.

No tiene muchos recuerdos de la noche del incidente en el laberinto de espejos, de esa noche en la que, por amor, le dio de beber a Milo de su propia sangre. Pero sí recuerda que su padre, su amigo y un murciélago gigante fueron a rescatarla. No, no un murciélago. Ese murciélago. El frío le envuelve el cuerpo y el alma en plena noche de verano. Todas las defensas se derrumban y Zoe recuerda —entiende— con un espeluznante lujo de detalles cómo llegó hasta el funeral de su padre. Montada en un remolino de oscuridad.

Aturdida y asustada, da media vuelta y echa a correr, buscando la salida. Necesita alejarse lo más posible de la tumba fresca de su padre, del misterio de su madre desaparecida,

del murciélago, de la luna siniestra en el cielo, del recuerdo de la noche en que casi se entrega por completo a Milo. Pero, sobre todo, necesita alejarse de la plena conciencia de comprender en qué se ha convertido. Ah, escapar del propio cuerpo, de la propia alma, una carrera que nunca nadie ha podido ganar.

Al cruzar el portón del cementerio hacia la calle desierta, un Ford negro y enorme enciende las luces. Zoe intuye que algo no está bien. Lo ignora y continúa por la calle, casi a la carrera. El cielo se cubre de nubes, la luna desaparece y una lluvia torrencial cae sobre su cabeza. Empapada, llora de impotencia. Ya sabe que esa lluvia nunca trae nada bueno. El Ford, que se ha puesto en marcha, tarda segundos en alcanzarla. Cuando la ventanilla trasera comienza a abrirse con un zumbido, Zoe espera encontrarse con los ojos de fuego de Milo. Lo odia porque está ahí y a la vez lo ama porque está ahí. Quiere besarlo y ser suya por toda la eternidad con tantas ansias como quiere clavarle una estaca en el medio del pecho y verlo desintegrarse. Pero sabe también que está viviendo un momento de gran vulnerabilidad, y que no tendrá la fuerza para confrontarlo.

Pero, cuando la ventanilla del coche termina de abrirse, ve que no es Milo quien está sentado en el asiento trasero. Es una mujer hermosa, enfundada en un vestido negro digno de una entrega de los premios Oscar. «Hola, Zoe —susurra la mujer, a través del ruido blanco de la lluvia—, te estás mojando, princesa».

La puerta del Ford se abre. Y Zoe, que sin saber por qué ha confiado en esa desconocida, sube al auto.

La luna, afuera, sonrío cínica en medio de un cielo tapizado de estrellas.



# Capítulo 2

## Cambio de rumbo

El último año de escuela —para Zoe, casi un año antes de enterrar a su padre— siempre es movilizador, fuerte, emotivo. Un período de transición, una serie de ritos de pasaje: los exámenes, la orientadora vocacional —una dama regordeta que a Zoe le hace pensar en Dolores Umbridge—, la inscripción en la universidad que nunca llegará, la idea de un primer empleo, prepararse para el baile de graduación. Pero, sobre todo, el final de la escuela es el final de un mundo. «Y el comienzo de otro, mucho más interesante», sonríe Christian durante el último almuerzo del último día (sándwiches de atún, bajo el mismo árbol de siempre), cuando Zoe le hace este planteo al borde de la nostalgia por adelantado. Lo toma con humor y con toda la alegría de la que es capaz, en especial considerando que el último verano antes de terminar la escuela ha sido una experiencia traumática: Zoe enamorándose de Milo, el descubrimiento de que Milo es un vampiro, el nuevo —y aún más sorprendente— hallazgo de que su propio padre es un cazador que trabaja para una misteriosa agencia gubernamental que se dedica a eliminar amenazas como Milo; y él, el siempre inocente Christian, cargando por primera vez en su vida un arma para defender a la chica de quien está secretamente enamorado de una criatura del

inframundo que solo quiere beber su sangre pura para perpetuar a los suyos.

Y todo esto sin mencionar los exámenes finales.

Lo único que no ha cambiado desde aquella noche en que Walter y Christian enfrentaron a Milo en el laberinto de espejos para rescatar a Zoe es la obsesión de la chica con la desaparición de su madre. Hace casi tres años que a Laura se la ha tragado la tierra y Zoe, con todos los recursos que puede tener una adolescente, está decidida a encontrarla. Hasta el verano anterior, una de las dudas que más le quitaba el sueño a la chica era saber por qué su padre se negaba a hablar de la desaparición de su mujer. Si algo siempre supo Zoe es que sus padres se aman, por lo que el silencio le resulta absurdo.

En algún momento, la chica sospecha que su madre ha abandonado a su padre. Quizás por otro hombre. Y que es el ego herido de Walter lo que obliga al silencio sepulcral sobre el tema. Hasta que, claro, Zoe descubre que su padre es un cazador de vampiros —y de vaya uno a saber cuántas criaturas más, de esas que solo aparecen en libros de Stephanie Meyer— y todo comienza a verse en otra luz. ¿Y si su madre también trabajaba para la Agencia? ¿Y si no está desaparecida, sino muerta? ¿Y si se la comieron los zombis o la secuestraron los lobizones?

Muchas preguntas, pero ninguna respuesta por parte de Walter. Silencio y misterio. Y una decisión dura pero necesaria.

—Me voy.

—¿A dónde, Zoe? —Walter parece más divertido que preocupado con la idea.

—No lo sé.

—No entiendo.

—Supongo que a buscar a mamá —tartamudea ella.



—¿Supongo?

—Bueno... Nadie en esta familia parece estar haciendo nada por encontrarla —el tono de la chica es acusador, es pura furia contenida.

—Ay, hija —Walter hace una pausa y respira profundo, para mantener la calma—. Si tan solo pudiera explicarte...

—Algo que, en todos estos años, nunca hiciste: explicarme.

—¡Para protegerte! —el padre empieza a perder la calma.

—¿Protegerme? ¿De qué? ¿De saber la verdad? ¿De ver el mundo? ¿De tropezar con monstruos como Milo? ¿De enamorarme? ¿De crecer? ¡No sé de qué me estás protegiendo!

Walter tiene una respuesta en mente para este berrinche. La ha estado ensayando durante un tiempo: un discurso que contiene una verdad a medias sobre los peligros del mundo de lo invisible, sobre lo que realmente le sucedió a Laura y sobre cómo será la vida de Zoe en el futuro, ahora que sabe cosas que, en realidad, no debería. Pero jamás llegará a dar esa respuesta, porque su hija —con una valija en la mano y dando un sonoro portazo— desaparecerá. No volverán a verse. Nunca más.

Para Christian, el final de la escuela también es un período de cambios fuertes. La experiencia de descubrir que Milo es un vampiro y haber ayudado a Walter a «espantarlo» (aunque nunca hablan al respecto, ambos saben que hubieran preferido matarlo, pero deben darse por conformes con haberlo puesto en fuga) le ha marcado la vida y la carrera. Por un lado, porque lo ha enfrentado con su propia timidez y su propia cobardía. Pero, por otro, porque lo ha ayudado a descubrir su guerrero interior. Para un chico que no mata insectos «por respeto a toda forma de vida», dice con una solemnidad digna del señor Spock, haber tomado una marcadora de *paintball* cargada

con bombas de agua bendita («esto le hubiera encantado a Van Helsing», piensa durante su primera práctica de tiro) es ciertamente novedoso. «La gente cambia cuando la llevan al límite», le explicará Walter poco tiempo después. Y Christian conoce el límite. De hecho, lo ha traspasado. Él, el chico inocente, incapaz de matar una mosca, es capaz de cargarse a un vampiro con sus propias manos. Y todo por defender a la chica de la que está enamorado desde la escuela primaria.

Pero de todo este proceso de cruzar fronteras hacia otros mundos, de descubrir cosas nuevas sobre sí mismo y sobre cómo funciona todo, la revelación que más lo ha marcado ha sido la de descubrir que la chica de sus sueños siempre se enamorará del idiota de turno. Pasa en las películas, pasa en la vida, le pasa hasta a los cazadores de vampiros.

Aunque quizás el cambio más grande en la vida de Christian es que apenas ha terminado la escuela y ya tiene su primer empleo: Walter lo ha sumado al programa de reclutamiento de la Agencia.

—Pero... pero... yo no puedo hacer esto —protesta Christian ante la perspectiva.

—Por supuesto que sí —Walter sonrío comprensivo y esa sonrisa paternal, esa que Christian casi ni conoce, lo desarma.

—No, señor W. Esa noche... fueron circunstancias excepcionales... porque Zoe estaba en peligro y...

—Y ver a tu amiguita en peligro hizo salir algo que está dentro de ti, aunque lo niegues, aunque no lo conozcas.

—Creo saber muy bien qué llevo adentro: miedo!

—El miedo se supera, Christian.

—¡Pero no soy un cazador!

—No uno entrenado. Pero sí veo el suficiente potencial. Del resto, puede encargarse la Agencia.

—No quiero decepcionarlo, señor W.

—No lo harás, Christian. Además, este oficio tiene sus ventajas.

—Ventajas como ser perseguido por seres que no están ni vivos ni muertos, capaces de «teletransportarse» de un lado al otro, fuertes como un superhéroe y que, encima, están obsesionados con tomarse la sangre de Zoe. Espero que, al menos, tengan un buen plan médico.

—El mejor.

Walter sonrío mientras pone una mano pesada en el hombro de Christian. Sabe que llevarlo a trabajar a la Agencia puede ser el mayor favor que le esté haciendo en su vida o una condena a una muerte segura y dolorosa (o a algo mucho peor). Por un segundo, Walter recuerda todo lo que pasó con Laura, su esposa, hace tres años, y se arrepiente de haber seducido a Christian para que se una en su cruzada contra las tinieblas. Ahora, que lo quiere, que lo ha adoptado casi como al hijo varón que nunca tuvo, está dispuesto a sacrificarlo. «Todo muy bíblico», piensa para sí, sin atreverse a decirlo en voz alta y sin abandonar la sonrisa con la que pretende convencer al chico de que esta es la mejor decisión de su vida, de que todo va a estar bien. Pero lo que realmente pasa dentro de su cabeza, de su alma, de su corazón lo traiciona en los dedos de la mano derecha, que se vuelve más pesada sobre el hombro de Christian. Los dedos comienzan a presionar y el muchacho se ladea, algo dolorido, aunque sin atreverse a protestar. «¿Qué clase de cazador voy a ser si empiezo protestando porque me duele un apretón un poco fuerte?», piensa, aunque no lo dice.

Entretanto, Walter ha vuelto a poner los pies en la realidad. Se da cuenta de lo que está haciendo, y suelta a Christian, aumentando —si fuera posible— el ancho de su mejor sonrisa de reclutador.

—¿Y cuándo me dan mi propia ballesta, señor W?  
—Christian hace un guiño, tratando de lucir más motivado de lo que realmente está, buscando convencerse de que aceptar un lugar en la Agencia es una especie de «llamado» al que tiene que responder y no el efecto de la presión del mundo adulto.

—Para eso falta. Primero, el entrenamiento. Luego, armas, transporte y todos los trajes negros que puedas usar.

Desde aquella noche en que tuvo que enfrentar a Walter —y a Christian, su improvisado escudero—, la vida de Milo es tan sencilla y tan compleja como puede ser la de un vampiro con aspecto de adolescente (pese a sus tres siglos de edad), heredero de una enorme fortuna (con cuyo control pudo alzarse tras asesinar a su padre en un rapto de violencia) y líder de una banda de *punk* cuya popularidad, alimentada por el dinero de la corporación familiar, ha ido creciendo en forma constante.

Sin embargo, el problema del villano de turno sigue siendo el mismo de siempre: la alimentación. Ya no se trata de conseguir sangre para mantener vivos a los suyos, sino de atraer sangre pura, fresca y entregada por propia voluntad. Por eso Milo muere —literalmente— por Zoe. Por eso la necesita. Porque una chica buena y pura como ella puede salvar a su raza. Claro que hay otras tantísimas Zoes en todo el mundo. Pero Milo es, además de poderoso, violento y seductor, caprichoso y obsesivo; y no va a conformarse con menos que esa chica que se le ha metido en la cabeza.

El incidente en el laberinto de espejos, sin embargo, le ha resultado de gran beneficio. El solo hecho de que Zoe se abriera las venas y le diera de beber lo rejuveneció, lo fortaleció. Al menos por un tiempo. Pero ahora quiere más. Necesita más. Por su bien y el de su gente, tiene que volver a encontrar a Zoe y someterla. Que se le entregue por

amor. Luego, ya habrá tiempo para salir a buscar muchas más Zoes para que muchos más vampiros sientan la energía que da beber de esa sangre joven y estén dispuestos a seguirlo en el último y más ambicioso de sus planes.

Mientras tanto, como era necesario bajar el perfil y volar bajo el radar un tiempo tras la muerte de su padre y el encuentro con la Agencia en el parque de diversiones abandonado, se ha exiliado en El Viñedo, una propiedad de la familia que no figura en ninguna declaración de impuestos ni documento oficial, oculta entre las montañas y a la que solo se llega cruzando un desierto maldito que muy pocos saben que existe. En todo el mundo —dice la leyenda— hay un solo mapa para llegar hasta El Viñedo. Dibujado con sangre por los Ángeles Caídos, solo muestra el camino a los que son «dignos» de recorrerlo. Cuál es su definición de «dignidad», eso sí es un misterio.

Milo sabe que El Viñedo es un buen lugar donde reagrupar a la tropa, preparar el siguiente movimiento y, de paso, ensayar con su banda —Hijos de la Noche— sin que ningún vecino se queje por el ruido. El lugar es distante, está aislado y, gracias a la influencia de ciertos vampiros en puestos de poder, ni siquiera aparece en Google Maps. «Invisible para los *muggles*», le gusta jactarse a Milo. El problema es que, justamente, al estar en un lugar tan remoto, queda demasiado lejos de Zoe. No puede sentir su presencia y mucho menos infiltrarse en sus sueños, una habilidad que resultó de lo más útil en el proceso de seducirla, de convencerla de que se entregue al vampiro. Para conseguir a la chica, va a tener que salir de su escondite. O atraerla, lo cual no es una idea del todo descabellada.

Zoe, entretanto, ha desperdiciado el último semestre tratando de encontrar a su madre desaparecida. Su contacto con el inframundo es escaso y la mayoría de los «testigos»

que ha podido localizar no son más que charlatanes con pistas inventadas que solo quieren algo de dinero. La búsqueda, que ya acumula suficientes millas como para escandalizar a un par de aerolíneas, la lleva por ciudades que ni siquiera sabía que existían, pero también por algunos de los lugares más interesantes del planeta; por paisajes hermosos. En cierto momento de la travesía, Zoe comienza a suponer que, como leyera en algún libro de autoayuda, quizá la clave no esté en el destino sino en el viaje; quizá nunca vaya a encontrar a Laura, su madre, pero necesita ese viaje iniciático para encontrarse a sí misma, o alguna otra cháchara de esas que los presuntos gurú repiten en todos los libros, desde los orígenes del budismo hasta la actualidad.

No se puede negar que hay un cierto crecimiento personal. Al menos la chica ha empezado a acostumbrarse a la idea de que quizá nunca encuentre a su madre. Y hasta ha comenzado a considerar seriamente la posibilidad de volver a casa. Hasta que, una tarde, mientras toma un café en una plaza, en una ciudad bohemia al otro lado del océano—nunca recordará si es París, Praga o Dubrovnik—, un llamado a su celular la devuelve a una realidad de la cual, en cierto modo, venía escapándose.

—Zoe... —la voz de Christian apenas se oye.

—¡Chris! —ella se alegra de escucharlo.

—Zoe... —él no sabe cómo empezar.

—Chris... —en el tono, ella acaba de darse cuenta de que algo muy malo acaba de suceder.

—Zoe... Walter...

—¿Qué le pasó a papá?

—Sería bueno que volvieras lo más pronto posible.

—Christian, ¿está bien papá? Necesito saber qué le pasó.

—No. —El muchacho duda. —No está bien. No está nada bien. De hecho, está...

—¿Cómo fue?

Christian no quiere decir la palabra «muerto» y Zoe tampoco quiere escucharla.

—Nos emboscaron. Una manada de licántropos. Gente peligrosa. Contrabandistas. Nunca los vimos venir. Salí en una pieza porque la caballería llegó a tiempo a rescatarme, pero Walter...

A Zoe se le caen las lágrimas. Copiosas, agrias, a mitad de camino entre la tristeza y la furia. Ahora sí que está sola. Mamá desaparecida, papá caído en cumplimiento del deber, su mejor amigo trabajando para una misteriosa Agencia que se encarga de mantener a raya —o al menos, lo intenta— a los seres más peligrosos que han habitado la Tierra. Quiere gritar, quiere romper cosas, quiere venganza contra los hombres-lobo por haber matado a su padre, contra Christian por haberlo dejado morir, contra su propio padre por haber permitido que su madre desapareciera, contra Milo por haberla enamorado perdidamente cuando lo único que quería era su sangre, contra el universo por haberla puesto en una posición tan vulnerable.

Pero la furia contenida de Zoe no estallará en un llanto desgarrador, ni en un grito de batalla, ni en una catarsis violenta que la haga despedazar todo en ese bar coqueto en el que aún está sentada, con el celular en la mano, en algún lugar de Europa al cual ni siquiera recuerda bien cómo llegó.

En cambio, Zoe cierra los ojos. Los cierra fuerte, aprieta los párpados a tal punto que las lágrimas contenidas empiezan a hacerle arder los ojos. Sin darse cuenta, también cierra los puños, tan apretados que sus propias uñas le lastiman las palmas. Sangra, aunque no se da cuenta. En medio de esa ira, el mundo comienza a dar vueltas a su alrededor en una especie de torbellino negro.

Cuando abre los ojos, ya no está en el café. Está en casa, parada al pie de su cama.

Apenas unas horas más tarde, vestida con la ropa negra que logró encontrar, parada ante el féretro de su padre, dudará sobre cómo hizo para cruzar el planeta tan rápido. Por momentos, se negará a sí misma la verdad. Finalmente, abatida por el dolor, acabará por admitir, casi risueña, el descubrimiento. «No sabía que podía hacer eso», se dirá a sí misma. «Eso». Trasladarse de un lugar a otro con solo desearlo. Una habilidad que solo tienen los vampiros.



# Capítulo 3

## Un bar en el infierno

—¿Nos conocemos? —pregunta Zoe, escondida tras un mal intento de sonrisa, luego de subirse al Ford negro que la espera a la salida del cementerio.

—Sí y no. Pero digamos que, de alguna manera, estamos relacionadas, Zoe.

—Y su nombre es...

—Lucy.

—Como en *Yo quiero a Lucy*.

—Quizás —ríe la misteriosa dama—. Luciana Fernández Kazinsky, un placer —explica, tendiéndole una mano.

Zoe le toma la mano esperando —seguramente por prejuicio— que sus dedos larguísimos estén helados. Pero no. El apretón de Lucy es firme, y a la vez cálido. Algo casi maternal. Solo entonces se da cuenta de que afuera ha dejado de llover. Y de que, aunque por fuera el auto es solo un sedán, por dentro parece grande como una limusina. «Un par de viejos trucos», dice Lucy. No, en realidad no lo dice. Solo lo piensa, mientras le sonrío a Zoe. La chica puede escuchar lo que su interlocutora está pensando. Pero, por alguna razón que no logra comprender, no tiene miedo. Más bien tiene un montón de dudas, acompañadas por la extraña intuición de que quizás esta mujer pueda develarlas.

—Kazinsky —Zoe piensa en voz alta—. Fui a la escuela con sus hijas.

—Ah, sí. Eso. Un detalle menor.

—Un detalle menor —corea la chica.

—Sí, porque estamos relacionadas, pero no a través de mis hijas.

—Relacionadas... —Zoe sigue repitiendo fragmentos del discurso de Lucy como si estuviera hipnotizada.

—Tu padre.

—¿Mi padre? —por primera vez, la chica parece salir del trance y tener una reacción.

—Éramos...

—¿Amantes? —Zoe no lo dice, solo lo piensa, pero da lo mismo.

—¡Jamás! —Lucy estalla en una carcajada. —Quizá la palabra más exacta, en términos humanos, sea «amigos»; aunque seres como yo no solemos tener muchos amigos.

—¿Seres?

—Es complicado.

Por un instante, ambas se quedan en silencio, un silencio tan total y absoluto que ni siquiera logran oírse mutuamente lo que están pensando. Zoe mira por la ventanilla del auto —en el transcurso de la conversación, ni siquiera había notado que se hubiera puesto en movimiento— y el resplandor del sol le molesta en los ojos, aún irritados por el llanto. «Hubiera jurado que era de noche y llovía», piensa, algo desconcertada. «Es de noche —un pensamiento de Lucy se le cuela en la conciencia—, en el mundo de los mortales, es de noche».

Cuando el enorme Ford se detiene, están en una ruta en medio de la nada, junto a un bar de mala muerte. «Uno de los lugares favoritos de tu padre», piensa Lucy con una sonrisa. A Zoe le asusta poder oírla tan fuerte y claro, pero se deja llevar por la situación.

—Mi padre tenía un poco más de buen gusto que esto —se atreve, en voz alta y algo cínica.

—Es cierto —admite Lucy—. Pero era un buen lugar para encontrarnos. A mitad de camino entre la gente y la oscuridad. Podíamos hablar.

—¿Y de qué hablaban?

—De... cosas...

—¿Como por ejemplo? —Zoe comienza a perder la paciencia.

—De tu madre.

—De mi madre. Con una completa desconocida. Excelente.

—Ya te lo dije, Zoe: Walter y yo no éramos desconocidos. Éramos... ¿amigos? Sigo sin estar segura de si esa es la palabra exacta. Más bien diría que éramos «socios». O cómplices, quizá. Yo le daba información, él me daba ciertos... privilegios... Creo que, en el fondo, me quería, al menos un poco.

La última frase provoca algo fuerte y profundo en Zoe. Porque espera el tono sarcástico que ha caracterizado a Lucy en los pocos minutos que lleva de conocerla. Sin embargo, la forma de hablar cambia de un completo cinismo a una tristeza enorme. No sabría describir exactamente qué es o cómo funciona, pero está segura de haber percibido una vibración, algo que le dice que, sea quien fuere esta misteriosa mujer, al menos sus sentimientos con respecto a su padre son sinceros. Por primera vez en varios minutos levanta la vista para mirarla a la cara. Lucy tiene los ojos perdidos en el horizonte. Una lágrima le rueda por la mejilla pero, a poco de empezar a caer, se evapora con un siseo, como si la piel de Lucy fuera una sartén caliente.

—¿Por qué me traje hasta aquí? —Zoe finalmente rompe el silencio, aunque lo hace con un tono humilde y sereno.

—Porque aquí es donde empieza tu viaje.

—¿Viaje?

—Sí —responde Lucy, mirando a lo largo de la ruta desértica hacia una montaña en el horizonte—. Todo lo que estás buscando se encuentra siguiendo el camino amarillo, en algún lugar detrás del arcoíris, bla bla bla.

—¿Lo que estoy buscando?

—¡Vamos, Zoe! ¿En qué momento te volviste tonta? —Lucy no se atreve a decir esto en voz alta, pero lo piensa con tanta intensidad que es casi un grito que hace que Zoe retroceda dos pasos, algo asustada. —¡Las respuestas con respecto a tu madre!

—¿Mi madre? ¡Ni te atrevas a nombrarla! —la sola idea de que la posible amante de su padre sepa sobre su madre le despierta furias inesperadas e instintos de lo más violentos.

—¿Por qué no? Laura era una gran chica. Lástima que esté...

—¿Muerta?

—No, de ninguna manera. Más bien todo lo contrario.

Agobiada por el calor —y por la muerte de su padre, que apenas digiere, y por el descubrimiento accidental de que puede transportarse de un lado al otro igual que como hace Milo, el vampiro, y por el encuentro con esta misteriosa mujer que parece saber demasiado, pero no dice nada con claridad— Zoe acaba por apoyarse en el auto, que hierve al sol. «No entiendo», piensa la chica mientras se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano. «¿Qué cosa?», pregunta Lucy dentro de su cabeza. Zoe piensa que tiene sed, que sería increíble entrar en ese bar en medio de una ruta infernal y tomarse un vaso de Coca Cola helada (o quizá su primera cerveza), que le encantaría estar de picnic en el bosque con su papá y su mamá como cuando era chica, que extraña los almuerzos bajo el árbol de la escuela con Christian —algo reciente y que, sin embargo, le parece de lo más lejano—, que quiere estar en brazos de Milo y besarlo hasta que...

—¡Basta! —chilla Lucy, y esta vez lo hace en voz alta.

—¿Eh? —Zoe da un salto, algo asustada.

—Demasiado ruido en tu cabeza, chiquita. Puedo oírlo. Y es molesto. Como una fiesta adolescente en mitad de la madrugada.

—Juro que lo que pasa en mi cabeza no es precisamente una fiesta.

—Quizá no, pero es un tremendo desorden.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ordenar.

—Sí, mamá —Zoe saca la lengua y Lucy se ríe ante el gesto.

—Y sacar la basura.

—¿La basura?

—Milo.

—¡No! —ruge Zoe y, en su furia, cierra los ojos con violencia.

Un remolino de oscuridad la envuelve y, de golpe, siente frío y humedad. Mucha humedad. Agua. Torrencial. Al abrir los ojos, es de noche, está de regreso en el cementerio y llueve como si el mundo estuviera por acabarse. Sobre la tumba de su padre, que puede ver a la distancia, a través de la cortina de agua, un murciélago enorme chilla y bate las alas sin atreverse a volar. Un trueno la ensordece. Grita, le grita al vacío, a la lluvia, al murciélago, a la nada misma; un grito de angustia mezclada con miedo. Un rayo raja el cielo plomizo a la mitad y descarga contra una lápida, partiendo el antiguo mármol en dos. En medio del vendaval, Zoe puede oír claro a sus espaldas un sonido que no termina de describir, pero que más que un ruido se le ocurre que es una sensación, como cuando se desplaza una masa de aire. Al darse vuelta, Lucy está parada justo detrás, aún en su vestido elegante de alfombra roja en los Oscars, pero cubriéndose con un paraguas enorme.

—Te estás mojando —sonríe.

—Haz que se detenga.

—No puedo.

—¿No?

—No. Esta lluvia no es mía.

—Y si no es tuya ¿de quién es?

—No lo sé, pero no estamos solas. Deberías saberlo. O al menos imaginarlo, a esta altura.

En un segundo, como fotogramas sueltos de una película que creía olvidada, Zoe recuerda todas las veces en que Milo, furioso, desató su ira en forma de tormentas (un verdadero abuso: los vampiros desarrollaron la habilidad de modificar el clima a voluntad solo para poder mantenerse en la penumbra y no terminar brillando al rayo del sol, no para usarla como una forma de intimidación; el padre de Milo se lo reprocharía durante décadas). En el ruido de la tormenta, el murciélago chilla aún más sonoramente y los ojos de Lucy se abren enormes por la sorpresa de lo que ella está viendo justo a espaldas de Zoe.

Sobre la tumba de Walter, el enorme murciélago protesta. Dos figuras vestidas de negro con mantos largos y las cabezas cubiertas por capuchas acaban de tomar por asalto al animal. Uno de los seres lo sostiene con ambos brazos mientras el otro lo cubre con una enorme bolsa negra.

—El hombre de la bolsa —piensa Zoe, traicionada por su subconsciente y sin animarse a dar un paso.

—La mujer de la bolsa —responde Lucy.

—¿Mujer?

—Sí, dos mujeres. Milo nunca utiliza hombres para trabajos delicados.

—¿iMilo!?

—Sí.

—¿Y eso qué significa?

—Que tu problema es mucho más grande de lo que creías.